

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.



La frutera de Murillo.

LA FRUTERA DE MURILLO.

La frutera de Murillo no es solamente una de las obras maestras de este gran pintor sevillano, sino una de las me-

SEGUNDA SERIE.—1855

jores acciones de este hombre, en quien brillaba tanto la honradez como el genio.

Un rico comerciante llevó un día al ilustre pintor á la plaza del mercado de Sevilla, y enseñándole una vendedora de diez y seis años, de la casta de los gitanos, bonita y

AÑO XIII. 34.

encantadora á mas no poder, sentada al lado de una bannasta de frutas y de pescado:

—Si quereis hacermé de aqui á un mes, le dijo, el retrato de esa niña, tal cual la veis vos mismo, podreis señalar el precio del cuadro.

Aceptó la oferta Murillo, y pidió cien escudos de oro, que le fueron prometidos con alegría.

Despues, separándose de su compañero fué á concertarse con los parientes de la jóven para que viniese á retratarse á su casa.

Estos parientes eran un tio, hombre duro y avaro, y un primo jóven, que no podia mirar á la gitana sin llorar.

Habló largamente el artista con cada uno de ellos, y estrechó la mano del último dándole una cita.

Comenzaron las sesiones desde el día siguiente, y las primeras pinceladas anunciaron ya una obra maestra: empero cuando el comerciante vino al taller el pintor le dijo que en lugar de cien escudos serian seiscientos.

El comerciante reclamó en contra de esta exorbitante cantidad, declaró roto el trato y se marchó echando chispas y venablos....

Volvió despues aquella misma tarde á ofrecer los seiscientos escudos, que entonces con la mayor frialdad hizo Murillo subir á mil.

¿Greeran nuestros lectores que rehusó el comerciante? Así fué por el pronto, pero para aceptar luego y asegurando el contrato con buenas firmas.

Al cabo del mes quedó concluido el retrato. Admirable era la semejanza, el dibujo, la luz y el colorido!...

Solamente una sorpresa aguardaba al comprador cuando vino á pagar y llevarse el cuadro.

Encontró en casa del artista, enfrente de la copia el original primorosamente vestida, con su tio y su primo acompañado de dos testigos y un cura.

Murillo le esplicó así este misterio, despues de haber cobrado los mil escudos de oro.

—Caballero, mientras que vuestra merced regateaba el retrato de esta jóven, la regateabais á ella misma á su tio, habiéndola vendido de antemano á un pirata que la destinaba al harem de un bajá. Es inútil protestar, lo sé todo por su primo que todo lo habia descubierto. El tio, encontrando mis ofertas mas seguras que las vuestras, y habiéndose dado su palabra de casamiento el primo y la prima, he tenido á bien casar á estos jóvenes, y por conveniente el hacer que los doteis vos mismo. Este será el empleo que doy á vuestros mil escudos de oro. Ved aqui los esposos, los testigos y el cura. Figurareis en el convite de boda, y á falta de modelo tendreis el retrato. Enviadlo al bajá si creéis que puede gustarle.

Verificóse, en efecto, el matrimonio aquel mismo día, y el chasqueado comerciante revendió su cuadro, perdiendo la mitad de su valor.

Si hubiese vivido en nuestros dias hubiera ganado un ciento por ciento en su negocio.

Y aun así y todo la obra maestra no hubiera sido pagada sino por el talento del pintor y no por la grandeza de alma de Murillo que ningun precio podia tener.

El grabado que presentamos á nuestros lectores es copia de la célebre frutera de Murillo!...

ESPAÑA CABALLERESCA.

LA MINA DE ORO,

O DON GUTIERRE FERNANDEZ DE TOLEDO.

(Conclusion.)

XII.

Enrique de Trastámara había alzado el pendón de la rebelion en Asturias. Varios pueblos, fatigados con los crímenes de don Pedro, apoyaron su movimiento en Castilla. Con la ayuda del famoso Bertran Duguesclin, y de una tropa de caballeros franceses, Enrique de Trastámara es proclamado rey de Castilla en Calahorra. Enrique entra despues en Burgos, y don Pedro huye á Sevilla. Todo el pais comienza á declararse por el nuevo rey. Toledo abre sus puertas á Enrique. En fin, don Pedro se ve obligado á montar en una de sus galeras y á retirarse á Portugal. Recibido allí con frialdad, no sabiendo á dónde dirigir sus pasos, va al fin á la Coruña en Galicia, donde se le reúne el valiente don Fernán de Castro, que jamás le abandona. Sin embargo, su tesoro cae en poder del almirante Boca-Negra, que se había declarado por don Enrique. Enrique hace su entrada en Sevilla, y don Pedro sin medios ni recursos para

sostener mas largo tiempo la guerra, se refugió en Bayona, donde fué muy bien recibido de Eduardo, el Príncipe Negro, que mandaba allí como príncipe de Aquitania, y con el que entró en tratos el rey fugitivo para que le ayudase á reconquistar el reino de Castilla. El príncipe inglés le prometió su ayuda y auxilio.

En tanto Alonso Fernandez de Olmedo, como tantos otros y como frecuentemente sucede en las contiendas civiles, había abandonado el partido del poder que veía caer por momentos para dirigir su vista hácia el nuevo sol saliente, y cuyos resplandores parecían prometerle mas duracion. Abrazó el partido de Enrique de Trastámara y fué á ofrecerle á este los recursos que encerraba el precioso manuscrito que había robado, y que en un principio destinaba al rey don Pedro. Recibiólo Enrique de Trastámara como un don inesperado de la Providencia, como un poderoso medio de afirmarse en el trono que había conquistado, y que desde Bayona se aprestaba ya á recuperar con el auxilio del Príncipe Negro el verdadero, el legítimo rey de Castilla, don Pedro. Olmedo fué acogido en la corte de Enrique como un genio. Las circunstancias exigían grandes recursos y grandes medios para contrarestar los esfuerzos de don Pedro. Trató Enrique de verificar por sí mismo la exactitud de las maravillosas riquezas de aquel libro escrito

por un hombre iluminado, que habiendo osado trepar solo á la cumbre de las montañas, había hallado sobre las lejanas é inaccesibles cimas la luz, y en sus desconocidos abismos la riqueza inmensa que debía hacer desaparecer la miseria de Castilla. Para trocar sus esperanzas en convicción marchó á Asturias, donde un año antes había encontrado un asilo pobre y desconocido, y desde donde había intentado la audaz empresa de sentarse en el trono de Castilla y de Leon. Detúvose algún tiempo en el palacio de Leon, y poco tiempo despues fué á Asturias para hacer que Alonso Fernandez de Olmedo, acompañado de los hombres mas entendidos de su época, subiesen á los montes por los senderos trazados en el admirable libro de este, y verificasen la existencia de aquella fabulosa riqueza. Alonso Fernandez de Olmedo, acompañado de doce hombres, emprendió la ascension de la montaña. El libro trazaba los senderos con admirable exactitud, era un guia infalible. Aquellos doce hombres lucharon contra el frio, contra precipicios contra los que apenas parece podia resistir la fuerza humana; mas de una vez estuvieron á punto de perecer por el intenso frio, á pesar de las picles con que cubrian sus cuerpos; mas de una vez desprendiéndose inmensas rocas bajo sus pies, estuvieron á punto de verse sepultados en un abismo... Doce hombres subieron á la montaña, doce volvieron á bajar... Todos declararon la existencia de los criaderos del oro, todos creyeron explotable tanta riqueza.

Encantado Enrique de Trastamara al ver realizadas sus esperanzas, proponiase poner dos mil hombres á las órdenes y bajo la direccion de Alonso Fernandez de Olmedo, autor de aquel precioso libro, para que inmediatamente comenzase la explotacion de aquellas ricas minas, y para honrarle queria llevarle á su derecha cuando hiciese á caballo su entrada pública al volver á la capital de Leon. Olmedo era el objeto de la confianza de Enrique, era el objeto de la admiracion de la corte, del entusiasmo del pueblo, proponiendo siempre á dejarse arrebatar por lo maravilloso.

Enrique, los tres dias que había permanecido en Asturias aguardando el éxito de la exploracion de Olmedo, se había aposentado en la abadía de Arbas, en donde un año antes había sido tambien acogido. En uno de los aposentos anteriores al que servia de cámara real, hallábanse aguardando á la salida del rey Olmedo y Fortuño.

—Grande va á ser tu recompensa... dijo Fortuño. Este rey es jóven, activo, audaz; así me gusta á mí; hace las cosas pronto. Y reparando en el rostro demudado que tenia Olmedo á pesar de hallarse en el apogeo del favor, añadió. ¿Qué tienes? Estás pálido, como aterrado... y sin embargo, todo nos sale á las mil maravillas...

—Tengo miedo...

—Ya lo veo... y me sorprende, porque nada tenemos que temer... El rey don Pedro, á causa de la revolucion, temia tanto como nosotros la vuelta de los deportados que se hallaban en las galeras, y tú apoderándote de la orden secreta que enviaba al almirante Boca Negra, supiste que el rey daba orden de echar á pique la galera en que se hallaban los deportados... No tenemos que temer ya ni á Samuel Levi ni á Alvaro... en cuanto al tio Pedro y á su hija Maria, todo hace creer que han querido seguir á Alvaro, porque antes de quemar por orden tuya su miserable cabaña, la había hallado desocupada, abandonada.

—No son esos los que me inquietan!

—¿Pues quién?

—He interceptado felizmente esta mañana... muchos papeles dirigidos al rey don Enrique, entre los que he hallado una carta de don Gutierre Fernandez de Toledo, en que diciéndose injustamente condenado como asesino de doña Leonor de Guzman, madre del rey, pide un juicio y ofrece venir él mismo á presentarse en la abadía de Arbas.

—¿Y qué te importa á tí ese hombre?

—¿No comprendes que yo no he sido extraño á la muerte de doña Leonor de Guzman?

—¡Ah! ¿con que era ese el servicio que has hecho al principio del reinado de don Pedro?...

—Ese era, amigo mio.

—¡Ah! Con que era ese... ¿Pero qué pruebas has dejado de él?

—Yo no sé... Las revoluciones son terribles para revelar las cosas que se creen mas ocultas. Pienso que el anciano capitan no vendria á entregarse así, si no tuviese algunas pruebas ó algunos indicios. Pero he tomado todas mis medidas, y no llegará fácilmente hasta el rey... Por de pronto me lo presentarán á mí.

—Pues entonces...

—Sin embargo, tengo miedo. Por un lado ese don Fernando Gutierre de Toledo... y por otro tanta gloria, tantos honores...

—Y tanto dinero...

—Todo lo debemos temer.

—Ten cuidado, el rey va a salir, puede venderte la palidez de tu rostro.

—Tú sabes bien que el rey la cree causada por la emocion, la modestia...

—Tienes razon, lo olvidaba, dijo Fortuño riéndose al marcharse, viendo que se abria la mampara de la cámara del rey.

Salió éste, y dirigiéndose á su nuevo favorito le preguntó afablemente al notar la palidez de su rostro si había descansado de las fatigas de su exploracion en la montaña, y si se hallaba satisfecho al ver próximos á realizarse los proyectos que tantos años y trabajos habían costado á su infatigable genio.

Confundido ya Olmedo oia estos inmerecidos elogios, y don Enrique, atribuyendo á modestia su confusion añadió:

—Te miraré siempre como un amigo, como el mas poderoso sostén de mi causa, y para darte una prueba te ruego me reemplaces aqui por algunas horas; si durante mi ausencia viniesen algunos desgraciados á pedirme justicia y proteccion...

—¿Se ausenta vuestra alteza?

—Si, voy á montar á caballo y alejarme tal vez de aqui por tres horas. ¡Oh! este pais está lleno para mí de muy gratos recuerdos, y quiero atravesándolo solo vivir tres horas únicamente con la vida del hombre, no con la del rey ó del conquistador. Hemos concluido la exploracion de las montañas... esta noche tornaremos á Leon; empero estoy á dos leguas de una cabaña en la que dejé en otro tiempo á un anciano, un mancebo y una jóven á quien amaba, á quien aun hoy amo; y quiero llegar á su puerta como el obrero de las minas, su antiguo amigo, convertido en soldado; quiero encontrar su pura y desinteresada amistad de otro tiempo, y decirles solamente al separarme de ellos; ¿qué de

seáis? Hablad... Yo soy Enrique de Trastámara... ¡Oh! qué felicidad tan grande voy á gozar.

Olmedo, dejando ver en su rostro alguna inquietud, le dijo:

—Dice vuestra alteza que esa cabaña está á dos leguas de Arbas, y las inmediaciones de la abadía están completamente desiertas. ¿Sobre qué camino cae esa cabaña?

—Sobre el camino de Gijón.

Subió de punto la palidez de Olmedo, y continuó don Enrique:

—La conocerás sin duda.

—Al contrario, yo no he visto por allá habitación ninguna.

—Sí, hay una, porque yo he entrado en otro tiempo en ella fugitivo, estenuado, moribundo, y allí me han salvado la vida; y esa cabaña fué para mí no solamente un asilo, un refugio, sino casi una providencia.

—¿Pues cómo?

—Vas á comprenderlo: la noche misma de la traición del capitán Azopardo había yo entrado en esa cabaña para confiar mi secreto al hijo de la casa, cuando llegó á ella Jimenez de Sandoval para anunciarme nuestra mala fortuna. Asustado, cercado por todas partes, me apoderé de la capa y de la gorra de Alvaro que se hallaba durmiendo.

—¿Y entonces? preguntó con indecible terror Olmedo.

—Entonces fui descubierto por no sé qué espía, que atacándome traidoramente me dió una puñalada en la garganta dejándome por muerto. Mira aun la enorme cicatriz, añadió señalando su cuello.

—Sí, profunda debía ser la herida.

—¡Oh! el que me la hizo creyó que me había muerto.

—Ya lo creo; pero yo no veo en eso lo que había de providencial para vuestra alteza.

—No comprendes que si yo no hubiese venido aquella noche á la cabaña hubiese sido preso indudablemente en las minas y conducido á Leon ante mi hermano don Pedro?

—Esa puñalada á punto estuvo de ser peor para vuestra alteza que la prisión.

—¿Esta puñalada?... Sin ella jamás hubiese sido vencedor ni vengador, ni vengado, porque trescientos valientes soldados me aguardaban en el valle de Arbas, y ya la noticia de la traición los había desanimado. Las previsiones y el cálculo habían reemplazado en ellos al entusiasmo y á la cólera, y disminuía el valor á medida que arreciaba el peligro. Pero despues de un corto desmayo me arrastré como pude hasta el punto de la cita, y cuando llegué pálido y ensangrentado, cuando Enrique de Trastámara se alzó delante de ellos moribundo y traidoramente herido, no hubo mas que un solo grito de venganza; desaparecieron los cálculos y temores, la exaltación se levantó furiosa, y reanimados mis trescientos guerreros, llevándome á su cabeza, en pocas horas en aquella misma noche destruí los soldados de Azopardo; torné despues á Gijón, fui dueño de Asturias, tuve en poco tiempo un ejército. El resto tú lo sabes. Quince días de tregua curaron mi herida, y en menos de un año he conducido triunfante mi ejército hasta el alcázar de Sevilla. Yo reino en Castilla y en Leon, y don Pedro está en Bayona proyectando tentar nueva fortuna. Pero sin la cabaña del tio Pedro, sin aquella capa, sin aquella puñalada, ¿dónde estaria yo ahora?... prisionero, fugitivo ó muerto. Ya ves que hay en todas estas casualidades que pa-

rece haber preparado de antemano la suerte, algo de divino, de milagroso ó cuando menos de providencial.

—Si señor... dijo algo mas repuesto Olmedo, casi debe agradecimiento vuestra alteza al que le hirió.

—No, no, yo adoro siempre los designios de la Providencia, empero peso aparte las acciones de cada hombre... para cada crimen quiero un castigo. El que me ha herido en la oscuridad era un cobarde, un infame, ¿no es verdad?

—Sí, alteza, contestó lleno de embarazo Olmedo.

—Y todo cobarde debe ser aniquilado sin piedad... pero no quiero pensar á estas horas ni en odio ni aun en justicia... Voy á recorrer el camino de Gijón...

Acompañóle Olmedo, y despues que le hubo tenido el estribo para que montase á caballo, haciéndole un respetuoso saludo:

—¡Que sea vuestra alteza feliz durante tres horas! le dijo.

—Voy á serlo.

Metió don Enrique espuelas al caballo y bien pronto se alejó de la abadía, y Olmedo le siguió inquieto con los ojos hasta perderle de vista. Asombrado quedó al saber que el que había herido y robado un año antes, era... el príncipe don Enrique, rey hoy de Castilla. Iba á buscar al tio Pedro, amaba á su hija... Si llegaba á encontrarlos ¿qué iba á ser de él?... Grande era la lucha en que se hallaba empeñado. Abismado estaba en estas consideraciones cuando volvió en sí con terror al oír que le llamaban. Era uno de los oficiales del palacio á quien había encargado que le presentase cuando llegase don Gutierre Fernandez de Toledo, que venia muy gozoso á anunciarle que se hallaba este allí con su hija. Alegróse de que la suerte le proporcionase durante la ausencia del rey el tener á don Gutierre en su poder para evitar que pudiese ver jamás al rey. Calculó que tenía tres horas delante de sí, y que si don Gutierre no le reconocía él se daría á conocer para saber si tenía alguna prueba contra él... Si la tenía contaba con el puñal de Fortuño, que era pronto y seguro... y en aquella época de desórden, consecuencia de las revueltas civiles, no llamaba mucho la atención ver sepultar un cadáver, atribuyendo todos la muerte á los odios de partido. Hizo prevenir á Fortuño que estuviese cerca para cuando le llamase, y mandó que dejases entrar á don Gutierre.

Al entrar este, examinando á Olmedo y conociendo que no era el rey quiso retirarse, pero éste le detuvo manifestándole que el rey le había dado el encargo de interrogarle durante su ausencia.

—Antes que todo, le dijo, escuchadme... Mi hija se halla en uno de los aposentos de la abadía... cualquiera que sea el resultado de mi interrogatorio, sabéis que es inocente, y que...

—Será respetada, dijo interrumpiéndole Olmedo, yo me encargo de ello. Ya os conoco hace mucho tiempo.

—¿Qué queréis decir?...

—Que hace muchos años os vi en Talavera de la Reina.

—Desde entonces data la gran desgracia que tantos años há pesa sobre mi vida.

—Sí, entonces os condenaron y os echaron esa mancha que hoy queréis borrar presentando pruebas de vuestra inocencia, ¿no es esto?

—¿Pruebas? No las tengo.... tengo la fuerza de mi conciencia...

—Pero infeliz, jamás don Enrique consentirá en creeros bajo vuestra palabra, dijo Olmedo respirando cual si su corazón se viese aliviado de un terrible peso.

—Yo diré al rey: «yo no puedo vivir así... quiero morir inocente para todos... ó morir condenado... Juzgad y decidid.»

Dilatábase de satisfacción el corazón de Olmedo al ver que don Gutierre no tenía ni la más leve sospecha.

—¿Cuándo podré comparecer ante un tribunal? preguntó don Gutierre.

—Antes de presentaros á él, ¿habeis calculado los riesgos?...

—No me importa por eso la vida.

—Pero vuestra mujer....

—¡Muerta!

—Vuestro hijo....

—Bogando en las galeras del rey don Pedro.

—Como tantos otros.... ¿Qué habia hecho? ¿Cuál fué su crimen?

—Su crimen es haber durante cinco años espuesto su vida todos los días... Su crimen es haber querido enriquecer á su país y dar pan á los hambrientos habitantes de esta comarca.

—¿Qué decís?

—La verdad; os estremeceis, lo veo, al saber que el pensamiento de una víctima conduce á unos ladrones al triunfo. ¿Comprendéis ahora por qué don Gutierre viene á entregarse á la justicia sin pruebas?... Porque espera comparecer delante de los jueces del rey que le condenarán tal vez á muerte, pero que no podrán impedirle gritar en pleno tribunal: «Castellanos, os engañan; el autor del libro que os ha de enriquecer es mi hijo condenado á galeras, y el traidor á quien van á confiar dos mil de vuestros hijos... los hará perecer todos; se derrumbarán en los precipicios, porque la montaña no obedecerá sino al que ha tenido la fuerza de hacerse dueño de ella...» y ese es mi hijo... mi hijo robado, deportado... Y si me condenan, entonces cuando mi cabeza caiga bajo el hacha del verdugo delante de la muchedumbre, la muchedumbre dejará caer silenciosamente una lágrima, diciendo: No puede ser culpable el que ha venido á entregarse él mismo á morir para revelarnos la verdad; el que ha derramado su sangre por economizar la nuestra. Y la muchedumbre pedirá la vuelta de mi hijo que volverá glorioso y rehabilitado á reconquistar su plaza y su grandeza; á reemplazar al impotente padre al lado de su pobre abandonada hermana... Y cuando de lo alto de los cielos yo vea todo esto, lejos de quejarme de mi pasado destino, yo daré mil gracias á Dios, y le pediré que vele sobre mis hijos.

—¿Bajo qué nombre os habeis ocultado hasta ahora?

—Bajo el de tío Pedro.

—¿Pedro?...

—Sí; pero hoy soy don Gutierre Fernandez de Toledo que os pide que apresureis su juicio.

Oyéronse al mismo tiempo en la parte exterior de la abadía grandes gritos de alegría y aclamación. Corrió Olmedo á la ventana para ver lo que era, y quedó aterrado al ver á don Enrique de Trastámara que volvía antes de las tres horas señaladas.

Don Gutierre apresurábase á salir á su encuentro para arrojarle á sus pies, cuando estorbándole el paso Olmedo, le dijo:

—¡Infeliz, aguardaos! Os perdeis.

—¿Qué me importa, si salvo mi hijo?

—No lo salvareis.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? Porque ha muerto.

—Muerto... Si, muerto el almirante Boca-Negra, tenía orden del rey don Pedro de echar á pique la galera de los deportados.

—¡Muerto! ¡Alvaro mio! exclamó llorando el anciano padre.

—No debo ocultároslo en este momento. Evitad la vista del rey que no os creará inocente en la muerte de su madre. Id á aguardarme á esa otra estancia.... yo os proporcionaré la fuga.... pronto y bendecireis mi prudencia.... Venid, va á entrar el rey. ¿Quereis dejar huérfana á María?

Al nombre de su hija volvió en sí cual si despertase de su dolor el afligido anciano, y se dejó arrastrar por Olmedo á otra habitación casi en el mismo instante en que Enrique de Trastámara iba á atravesar la habitación en que se hallaban para entrar en su cámara real, en donde triste y abatido se dejó caer sobre un sillón con las señales mas marcadas de un profundo pesar.

Volvió poco despues Alfonso Fernandez Olmedo tranquilo de haber evitado la conferencia de don Gutierre con el rey, y halló á éste sumamente afligido, porque apenas se habia internado en el camino y los bosques con su caballo habia sabido que la cabaña del leñador Pedro habia sido destruida hacia dos meses por un incendio... y no habia tenido la fuerza necesaria para ir á convencerse por sí mismo. ¿Qué habia sido del tío Pedro y de María? Habia preguntado á muchos por ellos y nadie le habia dado razon. Tal vez habian muerto víctimas de la guerra ó de la miseria... ¡Muerto! ¡ah! esta idea era horrible y hacia sufrir mucho á don Enrique.

—Vuelva vuestra alteza en sí, le dijo al cabo de un rato Olmedo, Castilla os pertenece.

—Y yo pertenezco á Castilla ¿no es verdad? dijo levantándose don Enrique. No tengo derecho de llorar, lo sé; he conquistado un trono, y sabré defenderlo con los inesperados recursos que ha descubierto tu genio. Quiero honrar en tí el trabajo y el mérito, pídemelo cuanto quieras.

—Vuestra firma sobre un pergamino.

—¿Quieres comprometerme á que te otorgue una recompensa?

—No, señor.

—¿Es una condena?

—Tampoco.

—¿Un perdon?

—Quiero solamente evitar con él una desgracia.

—Me fio en tu humanidad; un hombre de tu genio no puede ser injusto; respeto tu secreto: y al mismo tiempo llamó al capitán de sus arqueros.

Entró éste y varios de sus cortesanos, y en tanto que el rey firmaba en un pergamino y estampaba sobre él el sello real, Olmedo con satánica sonrisa pensaba en su interior.

—¡Don Gutierre Fernandez de Toledo está perdido!

—Y bien, ¿y tu miedo? dijo Fortuño á Olmedo en tanto que escribía el rey.

—Se disipó, ya lo ves.

—¿Y don Gutierre?

—Lo tengo cogido.

—¿Y el tío Pedro?

—También. Vete.

Fortuño procuró escabullirse prontamente entre la turba de cortesanos que habían entrado en la cámara del rey. Este, entregando el pergamino en blanco firmado y sellado á Olmedo que lo recibió con una profunda inclinación de respeto procurando dominar sus sentimientos, se dirigió á sus cortesanos diciéndoles:

—Ahora á montar á caballo para volver á Leon. Tú, Olmedo, vendrás á mi lado.

Salió acompañado de éste; bajo el pórtico de la abadía montó á caballo entre los aplausos y vivas de aquellos sencillos montañeses, y seguido de su comitiva tomó el camino de Leon.

Sobre un banco de piedra casi oculto detrás de un pilar del gótico pórtico de la abadía de Santa María de Arbas, veíase un hombre inmóvil apoyando su cabeza en ambas manos, levantóla lentamente, y dejó ver su rostro. Aquel hombre era Alvaro. Habíase borrado el ruido de los caballos en su rápida marcha, y aun no había tenido fuerza para levantar la cabeza para mirar. Habíale arrastrado allí entre la muchedumbre activa y alegre un pasajero delirio: había venido allí, porque hay tormentos en que se complace el alma, disgustos que quiere uno desafiar, porque á pesar de todo él era el hombre desposeído de lo que al pueblo y á la corte toda llenaba de alegría. El solo debía llorar, el que al volver á aquella tierra ni había encontrado ni á su padre ni á su hermana. Hizo un esfuerzo sobre sí, y entró en la abadía que acababa de ser el palacio de un rey.

XIII.

Apenas acababa Alvaro de entrar en uno de los aposentos de la abadía, cuyos sitios conocia perfectamente, cuando un anciano mal vestido, asustado, receloso, mirando hácia atrás, entró corriendo y se arrojó á sus pies.

—¿Quien quiera que seais, no me perdais! exclamó abrazando sus rodillas.

Oíase á lo lejos el confuso rumor de los gritos de los que le perseguían, de los que habían perdido sus huellas...

—¿Qué temes? dijo Alvaro.

—Vienen persiguiéndome.

—¿Y por qué?

—Porque me han reconocido por una de las gentes de don Pedro los soldados de la comitiva de Enrique, pero han perdido la pista.... ¡Oh! no me entreguéis á ellos.

—¿Y que vienes tú á hacer á Asturias proscrito?

—Dios solo lo sabe conmigo.

—Y yo, yo lo adivino. Tú, satélite de don Pedro, vienes para herir á don Enrique de Trastámara.

—No.

—¿Eres partidario de don Pedro y me recomiendas el silencio!... ¿No sabes cuanto mal me ha hecho ese rey?

—No soy ni satélite ni amigo de don Pedro; voy á probaroslo. Si os ha hecho mal, tal vez me ha hecho á mí mas mal aun, á mí, á quien ha destituido, confiscado sus bienes, enviado á galeras... Mirad, no os engaño, ved en mis brazos la señal aun de las cadenas.

—¿Enviado á galeras! ¿Y cuándo? preguntó sorprendido Alvaro.

—Hace un año.

—Es imposible; hace un año fué echada á pique la galera y muertos todos los galeotes.

—Escepto yo, contestó vivamente el anciano. El almirante Boca-Negra, á quien yo había curado una herida, me hizo trasportar á su galera antes de echar á pique en la que estaba. El médico salvó al almirante. El almirante ha protegido la huida del médico... ¡Qué muera si miento!

—No te perderé, quien quiera que seas. Fuimos sin saberlo compañeros de infortunio. Mira, yo también puedo enseñarte la señal de las cadenas que han amarrado mis brazos, y para escaparme he tenido que luchar con el naufragio, con las olas del mar embravecido que me arrojaron aun vivo sobre las rocas de la costa... ¡No, no te perderé!

—¡Oh! gracias, contestó tranquilizado el anciano.

—¿Y qué vienes á hacer aquí?

—Vengo porque bien pronto seré poseedor de secretos y papeles que me vengarán de un traidor, me volverán dentro de algunos días mi antigua posición en la corte del rey de Castilla.

Oyéronse en aquel momento en una de las lejanas estancias de la abadía los gritos de una muger que pedia socorro con grande instancia. Temeroso el anciano de que viniese gente, quiso huir para evitar le vieran; empero Alvaro deteniéndole, le hizo ver que no eran gritos de venganza los que se oían sino de pedir socorro. Echaron á andar por los largos y silenciosos claustros hácia el sitio donde se oían las voces. ¡Cuál no sería el asombro de Alvaro al reconocer en la muger que pedia socorro á su hermana María! Abrazóla con no poca admiración del anciano sorprendido de aquel imprevisto reconocimiento.

—¡María! la dijo Alvaro sosteniéndola, porque se hallaba á punto de desmayarse, ¿para quién pedias socorro, hermana!

—¡Para mi padre, mi padre que se muere!

—Venid, dijo Alvaro cogiendo de la mano al médico que había salvado al almirante, mi padre tiene necesidad de vuestro socorro; guíanos, hermana.

—Aguarda, hermano... dijo María deteniéndole. Nuestro padre está demasiado débil para soportar tan grande emoción. La alegría de verte tal vez le mataría. Apoyó el médico esta observación, y siguió á la joven. Quedó solo Alvaro entregado al mayor dolor, temiendo no le llamasen sino cuando ya hubiese dejado de vivir. Quería al menos verlo; y dirigíase ya hácia la puerta del aposento en que se hallaba, le hizo retirarse de ella el temor de que su presencia podría tal vez matarle. Mas poderoso el amor filial que la prudencia, hízole llegarse poco á poco otra vez hasta la puerta desde donde todo lo podía ver sin ser visto; desde allí oyó que á la pregunta del anciano médico de la causa del accidente de su padre, había respondido María que al recibir una carta que le habían dado, la había hecho pedazos y arrugado para que ella no pudiese leerla, causándole una horrorosa desesperación y paralizado sus sentidos, hasta el punto de creerlo muerto. Temblando seguía María desde dentro y el hijo desde fuera las operaciones del médico, que con algunas frías logró hacerle volver en sí.

—Acaban de anunciarme que se ha firmado mi destierro; que debo salir inmediatamente de Castilla y de Leon, y no tendré ni un sepulcro en mi patria ni la mano de mi hijo que me cierre los ojos en la última hora.

No pudo contenerse mas ya Alvaro, precipitándose en medio del aposento, le dijo con amor:

—¿Os engañais, padre mio?

—¡Alvaro! gritó don Gutierre: y vacilando vino á caer en sus brazos.

—¡Animo! le dijo Alvaro sosteniéndole, ¿no veis que en la hora del destierro os envia Dios buestro, hijo?

El médico, siempre temeroso, habia salido por los claustros á ver si se habian dirigido hácia la abadia sus perseguidores, dejando asi libres al padre y á los hijos para entregarse á la expansion reciproca de sus afectos.

—¡Alvaro vivo!... Mi hijo en Asturias... En Asturias, donde triunfan los ladrones.

—Yo sé, padre, que el reinado de Enrique de Trastamara es tan inicuo como el de don Pedro: sé que destierra, que condena tambien sin juzgar: sé que Castilla nos rechaza: Castilla, por quien tanto he hecho yo, nos rechaza como á sus hijos malditos... Y bien, olvidémosla, locamente he consagrado mis sudores y vigilijs, cuando os dejaba á vos, padre mio, y á ti hermana la miseria y el hambre, antes de abandonarla, ¡perdonadme, padre mio! y al mismo tiempo postrábase de rodillas en su presencia.

—¡Alvaro! no te arrodilles, exclamó su padre, en el suelo de Castilla. Aqui debes estar de pie y con la cabeza muy alta: y á pesar de su ingratitud, yo quiero que un castellano, yo, se incline delante de ti como delante de un semidios. Y despues inclinándose con adoracion exclamó. ¡Yo te saludo, genio!

—¡Y yo abro los brazos para abrazarte, martir!

Arrojáronse en sus brazos, abrazándose tiernamente el padre y el hijo. María lloraba.

—Ahora, marchémonos.

En aquel momento entró el anciano médico, á quien poco antes habia protegido contra sus perseguidores Alvaro, y acercándose á él le dijo:

—Necesito hablaros.

—¿Que me quereis?

—Una palabra.

—¡A mí!

—Es preciso absolutamente que os hable.

—Es el médico, padre mio.... permitidme... adelantaos con mi hermana, yo os alcanzaré junto á la cruz de piedra del pórtico.

Salieron al claustro el padre y la hija, y quedóse aun en el aposento Alvaro y el fugitivo anciano.

XIV.

—¿Qué me quieres decir? le preguntó Alvaro, asi que hubieron quedado solos.

—Acabo de haceros un favor y vengo á pedirlos otro.

—Nada puedo hacer por tí, yo tengo precision de marcharme.

—¡Oh! yo no puedo contar sino con vos, pues, necesito el socorro de un castellano. Yo, judío, no puedo confiarme en este pais á nadie sin temer su venganza sino á vos, que acabais de alargarme vuestra mano, porque los dos hemos estado en las galeras: y yo quiero daros si quereis servirme el medio de hacer vuestra fortuna.

—Nada espero de los hombres.

—¿Y si el hombre todo lo puede?

—Jamás podrá lo bastante... Yo marchó al destierro con mi padre.

—Yo obtendré su perdon.

—Impósible.

—¿Su crimen?

—Ninguno.

—Obtendré justicia para él, entonces.

—Es preciso para eso la omnipotencia de Dios.

—¿Y si yo fuese un dios para estos reinos?

—¡Vos! ¿y cómo?

—¿Cuando atravesábais por las inmediaciones de la abadia, no habeis visto pasar cabalgando al lado de Enrique de Trastamara, un hombre en quien todos fijaban sus ojos con entusiasmo y admiracion?

—Sí, lo he visto.

—Y bien, ese entusiasmo, esa admiracion debian pertenecerme.

—¿A vos?

—Sí, porque yo he escrito ese libro, el que he descubier-to esa riqueza en las montañas de que Olmedo, que me cree muerto, ha osado decirse inventor.

—¡Vos!.... ¿Pues quién sois? preguntó con asombro Alvaro.

—Samuel Levi.

—¿El antiguo ministro, médico y tesorero del rey don Pedro?

—El mismo.

Sintió un movimiento de indignacion Alvaro, que costóle no poco reprimir al acordarse que aquel indigno judío era el que habia firmado su condenacion. Procuró componer su rostro y lo preguntó:

—¿Pero cómo está ese libro en su poder?

—Me lo ha robado.

—¿Robado! ¿á vos? ¿y cuándo?

—Hace un año.

—¿Por qué no le habeis acusado por el robo.

—¿He podido hacerlo acaso?... el ladrón me habia hecho traidoramente condenar á galeras.

—¡Ah! sí.

Admiróse de la coincidencia, Alvaro: á él le habia condenado Levi para apoderarse del libro, y Levi á su vez y por igual objeto habia sido condenado á instigacion de Olmedo.

—Comprendeis ahora, ¿cual será mi poder? continuó Samuel Levi. Y vos y vuestro padre podeis ayudarme á conseguirlo.

—¿Y cómo?

—Los que me han visto intentar y llevar secretamente á cabo esta grande obra, han muerto todos, por la peste unos, por la guerra otros. Os bastará declarar que habeis sido testigos.

—¿Mi padre y yo?

—Los dos.

—Pero Alonso Fernandez Olmedo podrá probar lo contrario.

—Caerá del favor al punto.

—¿Y quién lo derribará?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí, acusándolo de un crimen.

—¿Por qué no lo haceis vos?

—Tengo razones para no presentarme en la corte hasta que haya desaparecido él de ella.

Conoció Alvaro que los dos ladrones se temían, pero veía que la Providencia enviaba un rayo de luz que podía influir en su suerte, así es que le preguntó:

—¿Pero de que le he de acusar?

—Le acusaréis de haber al principio del reinado de don

—A doña Leonor de Guzman, la madre de Enrique de Trastámara el rey.

Luego Alvaro rápidamente le dijo:

—Pero si doña Leonor de Guzman fué asesinada por un capitán desleal.



Mas de una vez desprendiéndose inmensas rocas estuvieron á punto de verse sepultados en un abismo.

Pedro, asesinado con su propia mano en Talavera de la Reina á doña Leonor de Guzman, la madre de Enrique de Trastámara, rey hoy de Castilla y de Leon.

Mudo de asombro quedó Alvaro. Su corazón latía fuertemente; sus labios apenas podían articular una palabra, así con voz balbuciente solo pudo decir:

—De haber asesinado... Repetídmelo, yo lo he oído mal sin duda.

—Don Gutierre Fernandez de Toledo, ¿no es esto?... Don Gutierre, condenado por el rey.

—No me acuerdo precisamente de su nombre... pero sin embargo, nadie ha podido penetrar en el castillo de Talavera que el guardaba.

—Sí, porque don Gutierre se hallaba aquel día postrado con una terrible fiebre...

—¿Y entonces?...